

## ENCUENTRO SIN PROGRAMAR

*José Monerri. Cartagena.*

Los marrajos -como habían hecho el Miércoles Santo los californios, porque todo hay que decirlo en honor a la justicia y después de superar valientemente el trago de un Martes complicado por obra de la meteorología, sacando una preciosa procesión sin temor a los elementos atmosféricos- echaron a la calle su impresionante cortejo del Santo Entierro, en una noche estrellada, perfecta para el lucimiento y para que todas las calles del recorrido acogieran a esa multitud de espectadores que nunca falla, aunque el helorcillo haga de las suyas e imponga un sacrificio que se soporta con amor, ese amor que el cartagenero lleva dentro y que pone de manifiesto en toda su extensión cuando llega la Semana Santa. Y es que aquí somos así. Por eso, el forastero queda subyugado y se identifica rápidamente con todas nuestras cosas.

Pues bien, esa procesión severa, que plasma la Pasión en su totalidad con unos tronos mimados en luz, flor y colorido, llevando unas imágenes que ponen ante los ojos del espectador un auténtico Evangelio viviente, una catequesis sin palabras, y en la que figura también el obispo de la Diócesis, así como la corporación municipal como refrendo de su solemnidad, vivió en esta última noche de Viernes Santo un precioso capítulo que pudimos presenciar y vivir con gran emoción por obra y gracia de ese recorrido que hace penetrar el desfile por la calle Sagasta para volver por la del Carmen a la de Santa Florentina.

Ahí está, precisamente, la típica plaza del Icue, con el bello e iluminado Palacio de Pedreño que colabora a proporcionarle un singular ambiente a este enclave cartagenero. Y ahí es donde tuvo lugar el hecho que provoca este comentario: un Encuentro no programado. Porque el del Jesús con la Pequeñica ya había tenido lugar por la mañana, anticipando el horario, lo que constituyó un auténtico acierto.

Fue al llegar el precioso trono con la imagen de la Piedad a la esquina de Carmen con Santa Florentina cuando el disciplinado y hermoso trono e imagen de San Juan se disponía a abordar la calle Sagasta. Las huestes de Ernesto Ruiz Vinader frente a las de Fabián Martínez, dos pesos pesados dentro de la cofradía morada. Y al cruzarse ambos tronos, la sapiencia de ambas agrupaciones nos proporcionó una de las grandes emociones de la noche.



Los caballeros portapasos del San Juan pararon el trono ante la Virgen de la Piedad separados por algo tan cartagenero como el monumento al Icue; lo comenzaron a bailar prorrumpiendo en vivas a la Virgen que en los desfiles de Semana Santa hace las veces de la Patrona de Cartagena, la Virgen de la Piedad, parados, correspondieron a los piropos. Y el improvisado hecho duró lo suficiente como para que el público, enardecido, contento, encantado de vivir un hecho inédito en nuestras procesiones, aplaudiera con calor, con auténtico cariño a quienes eran protagonistas de este nuevo e imprevisto capítulo de la magna procesión del Santo Entierro, con un entusiasmo muy

lejano del folklore y muy cercano a estar identificados con sus propias procesiones y sus propias agrupaciones, conocedoras de su idiosincrasia y su especial categoría. Porque, todas las agrupaciones son admirables, pero las de San Juan y La Piedad no son precisamente de las que se quedan atrás.

En fin, un encuentro sin programar que hizo de la Plaza del Icue una segunda Plaza de la Merced, escribiendo una página hermosa e inédita. Enhorabuena.

Cronica publicada en el diario La Verdad de Cartagena el 20 de Abril de **2003**.